

En el marco del programa Escritores en las Bibliotecas, la escritora y gestora cultural Paola Caballero, visitó la Biblioteca Pública Móvil (BPM) de Carrizal, en Remedios, Antioquia con el objetivo de compartir alrededor de la literatura y los libros con los usuarios y la comunidad que conformaban estas bibliotecas de la Paz que fueron instaladas en las zonas veredales donde se reincorporaron a la vida civil los excombatientes de las FARC. Estas visitas motivaron el interés por la lectura de los libros del escritor y otros autores colombianos, y generaron un espacio de diálogo sobre la paz, la ruralidad, la reconciliación y el posconflicto para contribuir por medio de la lectura y la literatura en el proceso de reconciliación que vive el país.

En su visita a la BPM, la escritora participó en dos encuentros: el primero fue un conversatorio con integrantes de la vereda en el Centro Educativo Rural Carrizal sobre temas relacionados con la lectura, la escritura, la paz, la ruralidad, la reconciliación y el posconflicto.; el segundo fue en el Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación con los excombatientes de las FARC, quienes también tendrán la oportunidad de dialogar con Paola Caballero y conocer sus experiencias y puntos de vista respecto a las temáticas mencionadas.

Como resultado de esta experiencia, Paola Caballero escribió la siguiente crónica:

## **LA CANCIÓN DE CARRIZAL**

**Por PAOLA CABALLERO DAZA**

Un caballo carmelito galopaba hacia nosotros. Esperábamos ver pasar al jinete, al arriero, al campesino, pero venía solo. Se perdió en una de las curvas de la carretera del nordeste antioqueño mientras nosotros también nos perdíamos, hacia el otro lado. Atrás, entre las montañas, quedaban los tigres de Amalfi, Yolombó y su hostería La marquesa.

Habíamos salido de Medellín a las ocho de la mañana y pretendíamos llegar a una de las 56 veredas del municipio de Remedios, Carrizal, a las cuatro. Llegamos a las cinco pasadas. A partir de Vegachí y hacia abajo, el verde se hizo más tenue y la deforestación, más evidente. Nos cruzamos con

camiones que iban hasta el copete de diversas maderas a punto de desaparecer como el sapán y el abarco. No nos sorprendería ver todas las casas de Carrizal hechas de madera, salvo la del cacharrero (el que compra el oro), de cemento y ladrillo.

El conductor, Camilo, nos venía contando sobre cómo a los remedianos los creían brujos y que la oración del sol servía para acortar distancias. Alguien propuso que la recitáramos pero Camilo no se la sabía. Lo que sabía muy bien era que se había cansado de ser catanguero (quien eleva las rocas desde las profundidades de la mina con un costal y una suerte de arnés -la catanga-, a la espalda), porque la Zandor Capital, filial de la canadiense Gran Colombia Gold Corporation se retrasaba en los pagos. Aunque llegó a tener quincenas de dos millones de pesos, el desgaste físico no lo valía.

Estábamos entrando en la zona que produce casi 16 de las 55 toneladas de oro que se extraen anualmente en Colombia; a los municipios de categoría seis -con menos recursos- de Remedios y Segovia. Esta última, caótica, bulliciosa, sofocante, tiene un monumento mayúsculo: una mujer flaca con grilletes en tobillos y muñecas flota desnuda, ofreciendo al cielo una batea. De su vientre desgarrado brotan rocas doradas y su expresión facial es de agonía. Un frentero, el minero que abre los frentes, levanta un mazo frente a esos intestinos que proveen desde la colonia.

Nordeste Estéreo puso un merengue y emitió un comercial sobre el dengue mientras recorríamos una carretera destapada que nos condujo desde Segovia hasta Cañaveral. La Emisora del Ejército decía que los cursos militares eran gratis y oímos un poco de salsa. Paramos frente a un segundo monumento, dedicado a otras víctimas, y leímos cómo paramilitares de Castaño en coordinación con miembros del batallón Bomboná asesinaron a 20 personas, las mutilaron y las arrojaron al río en el 83. En 2001 paramilitares del Bloque Metro asesinaron a 18 personas frente a todos los habitantes. Más adelante nos pararon dos soldados, preguntando si nos habíamos topado con una tropa. En un par de árboles, yendo otro día a Lejanías, se leía en grafitis recientes: ELN 53 años.

Camilo nos señala una quebrada. La cianurada, le dicen. Y es que esta zona también es una de las más contaminadas del país, no solo por el uso del cianuro sino especialmente del mercurio que se amalgama con el oro haciendo más fácil y rápida su separación de la roca.

Una trocha que tomaba cinco horas transitar a pie se convirtió en la carretera de hora y media que cruzamos en la 4x4 desde Cañaveral hasta Carrizal. "Nosotros mismos, con el sudor de nosotros, hicimos la carretera y con eso sí ha entrado mucho producto". Con eso sí, porque para Mauren Coterio, con la Zona Veredal Transitoria de Normalización -ZVTN no llegó nada. Salvo la biblioteca, en donde ahora trabaja ella, una auxiliar de enfermería que vive hace nueve años en Carrizal y quien fue escogida por la Junta de Acción Comunal -JAC para ser la auxiliar bibliotecaria. Desde que se instaló la Zona ha habido un desfile de chalecos, al decir de Carlos Palacios. "Cada una de estas agencias llega con unos proyecticos que no... vamos a montar la huerta familiar a cada uno, entonces unos pollitos, una gallina ponedora, tres semillas de cada cosita, pero es que aquí la gente ya tiene pollos, tiene gallinas, tiene semillas (...)". Carlos hace parte de la junta directiva de Cahucopana (Corporación Acción Humanitaria por la Convivencia y la Paz del Nordeste Antioqueño) y llegó del barrio Popular número 2 de Medellín hace ocho años y desde entonces ha trabajado como uno más de la comunidad.

El reclamo del alcalde de Segovia para incluir a Carrizal en su jurisdicción, fue solo un reflejo de la inmensa expectativa que el proceso de paz había generado. (Al parecer, también hay unas minas de por medio). La escuela de dos aulas y cuatro profesores y el puesto de salud sin médico los mantiene Remedios desde hace 20 años, afirma su alcaldesa.

Lo cierto es que, aunque la ZVTN no produjo muchos de los cambios que esperaban (mejorar la carretera, tener acueducto, alcantarillado, luz eléctrica), la dejación de armas la tildan como un cambio magnífico, como un paso más para la *desescalada* del conflicto. Tras avizorar un panorama que se imaginaron más fácil, la comunidad, según Carlos, deberá fortalecer todos espacios de participación (las juntas, los comités de mujeres, de mineros, de derechos humanos, las organizaciones sociales) y luchar por la implementación de los acuerdos.

\*

El proyecto *Bibliotecas Públicas Móviles* nace con el objetivo de atender zonas rurales de difícil acceso y contribuir al proceso de reintegración de los excombatientes a la vida civil. La Biblioteca Nacional de Colombia seleccionó a los veinte bibliotecarios y las comunidades escogieron a los auxiliares, personas de la comunidad que se convertirán en los responsables de

las bibliotecas una vez los contratos de los primeros acaben. Las administraciones locales se comprometieron a buscar un lugar para las bibliotecas y se encargarán de su operación a partir de 2018.

Por esa carretera que empezó a ser construida por la comunidad en febrero de 2014 y que tardaron cuatro meses en terminar, llegó la bibliotecaria Dayana Bohórquez, una medellinense de 28 años, licenciada en pedagogía infantil. La alcaldía escogió Cañaveral como sitio para la biblioteca pero con las distancias y el costo del transporte iba a ser imposible el trabajo con excombatientes. Dayana sabía que el sitio debía ser Carrizal, a pesar de la reticencia de la alcaldía. Tuvo miedo, se sintió sola. Los demás bibliotecarios del proyecto compartían, por el grupo de WhatsApp, situaciones similares en las demás zonas del país. "Estos son procesos que lideran las comunidades". Eso la confortó. Se reunió entonces con la Asociación Campesina del Valle del Río Cimitarra –ACVC, con la Junta de Acción Comunal, con Cahucopana. A la biblioteca le construirían un espacio. Sobre su trabajo, le dijo una verdad a medias a su madre, para no preocuparla.

Dayana se instaló en las residencias Carrizal el 26 de febrero de este año. Por esa misma carretera llegó también la ONU. Llegó el Ejército y el dos de marzo, bombardeó y quemó unas máquinas de minería informal en Ojos Claros y en la vereda Lejanías, a una hora de Carrizal. Se organizó un plantón que poco a poco alcanzó las 700 personas. Pedían el cese de operativos contra mineros tradicionales, la liberación de cuatro capturados y una comisión del gobierno que escuchara la realidad de los mineros. El plantón duró 16 días y restringía el paso de víveres a la ZVTN, de materiales de construcción, del equipo de verificación, de los amnistiados, de la biblioteca. El nueve de marzo, fue Carlos quien finalmente ayudó a conseguir la autorización para su ingreso. Con el tiempo, se convertiría en el novio de Dayana.

Carrizal tiene unos 480 habitantes, sin contar los que viven en las fincas. Unos 120 niños y jóvenes van a la escuela que la JAC está empezando a ampliar. Al cruzar la esquina de los sapos, una estructura techada y una mesa donde se toma cerveza y se ve llegar a la gente, los colores naranja, amarillo y ocre de la tierra nos golpean. Estamos en la explanada, el centro del caserío: la cancha de fútbol que les costó a los pobladores 40 millones de pesos. Un cuadro de un paisaje europeo, con caballos grandes, un chalet y un camino empedrado que se pierde hacia otro chalet lejano, cuelga al lado de la puerta de una casa verde pastel, como una ventana. Muy pocas casas están pintadas.

Tienen dos equipos de fútbol con uniformes y Leder Ramos, jugador y árbitro, me recuerda al Demetrio del libro *Del otro lado* de Alfredo Molano, a quien por pitar bien lo eligen como candidato a la presidencia de la Junta de Mecaya, por Puerto Leguízamo. Leder estuvo a cargo de la construcción de la biblioteca, al ser el coordinador del comité de obras de la JAC. Llegó hace 11 años de Urabá.

Todos nacieron en otra parte.

La biblioteca, cuatro módulos de colores que contienen libros, películas, computadores, tabletas, cámaras de video, televisor, un servidor que genera una red inalámbrica interna, una planta, sillas y mesas, encontró protección en la casa del carnicero y aunque prestaba algunos servicios, empezó a funcionar oficialmente el 20 de abril cuando se terminó la construcción que ahora las alberga, a Dayana y a la biblioteca, en un terreno adjudicado por la JAC. Es una de las pocas con piso de cemento. La alcaldía de Remedios donó las hojas de zinc, los clavos y el cemento y la comunidad puso la madera y la mano de obra. A ella le proponen que se quede, que ponga los \$200.000 para las escrituras. Ya tiene una habitación, un baño y había empezado a bombear agua hacía pocos días; antes recolectaba lluvia.

Carrizal se fue habitando, como el resto de la zona, con desplazados de distintas partes del país y personas que veían en el oro una posibilidad de subsistencia. Montaban sus cambuches con palos y plástico y si la mina no daba, se iban. Si empezaban a poner madera y techo, se sabía que iban a quedarse. Las tierras que se fueron colonizando hacían parte de la Zona de Reserva Forestal del Río Magdalena que hoy ha perdido mucho más de la mitad de sus seis millones de hectáreas iniciales. El 47% del territorio de Remedios está en esa reserva.

Hay una panadería, un barrio costeño, no entra la señal de celular, tiene dos iglesias evangélicas, seis muertos reposan en el cementerio, y llaman barrio rojo al de las cantinas. En diciembre habrá Ley de permanencia: podrán poner música a toda hora, a todo taco, todos los días del mes. Ahora, entre semana, solo pueden hasta las 10 p.m., aunque no falta el borracho que asume la multa de \$500.000 y todo el pueblo amanece con él. La tienda más amplia y mejor surtida, un pequeño supermercado, es la de los indios. Quiero saber qué idioma hablan y me dicen que inglés. Les hablo en inglés y confiesan: quichua. Marisol y su hermano me enseñan a decir gracias. *Paschi*, repito hasta que quedan satisfechos. Ella, petisa de quince años, me contaría después

que estaba triste porque no estaba estudiando; no tenía papeles. Había llegado de Ecuador hacía cinco meses.

No los quieren porque no se integran, cuenta Elmer Gaviria, presidente de la Junta. Cuando se necesita algo para la comunidad hacemos colectas y otros negocios ponen cien mil. Ellos, es un problema para que pongan cinco mil. Los primeros de ellos llegaron con bultos de ropa para la venta y poco a poco fueron trayendo a sus familias. Ya tienen tiendas en varias veredas; son pueblos comerciantes que empezaron su migración hacia Medellín en los años 50 y 60. Hay otros indígenas cerca, algunos chamíes que viven en otro caserío y son muy cerrados, dice Dayana, quien no ha podido trabajar con ellos.

Los indios, como los otros negocios, como la ZVTN, tienen planta. Un galón de ACPM que normalmente cuesta \$3.000, durante el paro llegó a costar \$20.000. Rinde una hora, dependiendo de la marca de la planta. La de la biblioteca, usada para la reunión con el grupo de amigos, duró hora y media.

\*\*

Niños de todas las edades se concentraban en la película Los colores de la montaña: un grupo de amigos quiere sacar un balón de fútbol de un campo minado. Mauren y Dayana, quienes llevan casi siete meses trabajando con toda la población, dirigen el foro y los estudiantes, en círculo, empiezan a contar sus propias experiencias: cómo fueron desplazados, cómo no mataron a la mamá de uno para evitar el posterior encarte con sus dos hijos pequeños, cómo el papá los cubría con el colchón, cómo los asustaban los bombardeos.

Antes de que llegara la biblioteca, la única oportunidad que tenía un niño de cacharrear un computador era si le dejaban poner alguna canción en la cantina. A parte de la cancha de fútbol y el salón de clases, los niños no tenían lugar, ni nada que hacer. Ahora aprovechan mejor el tiempo libre en este espacio que va contribuyendo al cambio de la región, dicen los miembros del Grupo de Amigos de la Biblioteca, Elmer Gaviria, Leder Ramos, Carlos Palacios. Mejor una biblioteca que una trinchera. Faltan Crespo y Teófilo.

Crespo es el vicepresidente de la JAC. La noche siguiente, mientras escampábamos en la panadería, nos contó que un día le avisaron que lo estaban buscando. Se lo llevaron amarrado, en un helicóptero. Lo habían encontrado en tal fecha en la cancha de fútbol con un AK-47. No podía ser porque en tal fecha el ejército estaba en Carrizal. Acusado falsamente de rebelión, estuvo en la cárcel cuatro meses. Carlos dice que tienen

documentados 32 casos de falsos positivos judiciales desde 2008. Crespo, con un desparpajo hilarante, recuerda lo sabroso que era levantarse a las 10, 11 de la mañana, ver televisión y recibir tres comidas.

Teófilo, de casi cincuenta años, es un excombatiente que se acercó a Dayana una tarde: cómo nos hace de falta material para leer, le dijo. Así empezaron los préstamos externos. Quienes no podían salir de la ZVTN, mandaban encargos: una novela de Jane Austen, Mujeres paz, política y poder, mitos y leyendas, historia, poesía, películas. Él la ayudó a formular los tres proyectos ganadores de una convocatoria. Uno de ellos fue el del mural, un estencil con la cara de García Márquez. Es que Dayana escogió la siguiente frase, haciendo alusión al nombre con el cual los niños bautizaron la biblioteca: no es un lugar sino un estado de ánimo que le permite a uno ver lo que quiere y verlo como quiere. Macondo. Recuerda que se quedaron un buen tiempo con la caja audiovisual del Centro Nacional de Memoria Histórica.

En una de las actividades organizada por la Oficina del Alto Comisionado, se les pidió a los excombatientes que donaran un objeto para la paz. Equipos, camuflados, el cepillo de limpiar el arma, una boina con un nombre bordado por la amante muerta. Stillman, un personaje de Paul Auster, recogía diversos objetos, entre ellos un paraguas plegable despojado de la tela. Esos objetos los volvía a nombrar porque ya no cumplían la función para la que fueron creados y se habían convertido en otra cosa. ¿Qué son ahora esos objetos?

\*\*\*

Teófilo, al igual que otros 200, 250 excombatientes han dejado la ZVTN que ahora lleva por nombre Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación. Esta pequeña ciudadela de *superboard*, a unos dos kilómetros de la cancha de Carrizal, muy limpia y muy blanca, con pisos de cemento y calles peatonales pavimentadas, alberga ahora cincuenta excombatientes, dice un comandante, setenta, dice otro, aunque nosotros solo vimos entre quince y veinte, muy jóvenes, muchos con ganas de terminar el bachillerato y estudiar, algunos aun esperando a ser bancarizados, otros poniendo sus esperanzas en los proyectos productivos, como el que llegó del Catatumbo con su mujer, por la piscicultura. La mayoría se fueron a donde sus familias, nos aseguran.

Fuimos a hablar con Cornelio, excomandante de columna (96 hombres), después de almorzar con él arroz con frijoles, papa, carne y más frijoles y

compartir una marmita metálica con jugo de mora. Sacamos unas sillas plásticas a la sombra del aula de estudio, un espacio amplio con televisor, tablero, instrumentos de percusión y cuadros pintados en grises de Efraín Guzmán, Jacobo Arenas, Manuel Marulanda limpiando el arma... pero prendieron la planta en la loma de enfrente, junto a un tanque de Terpel y fue imposible quedarse allí. Pasaban algunas motos. En un muro exterior está Juan Carlos Castañeda, pintado por Saúl Pérez, el mismo que hizo el mural de la biblioteca. A Castañeda, segundo al mando del bloque, lo mataron en un operativo en Santander. Con su nombre bautizaron la Zona.

Otra suerte de monumento.

Caminamos hacia una de las piezas, siguiendo una ruta mas bien laberíntica entre casas muy pegadas de cinco habitaciones individuales cada una. Entramos y él se sentó en una cama metálica puesta de cualquier manera en ese cuarto amplio y caliente que parecía abandonado. La música vallenata reverberaba adentro. Las tejas parecían de cartón. Una cortina filtraba la luz a un tono rojizo que aumentaba el bochorno. Sudados, terminamos por sentarnos a la sombra de un árbol.

Ya no le gusta que lo llamen por el nombre propio porque lleva muchos más años oyendo el Cornelio, por Cornelio Reyna, cantante de rancheras. Anda con un pantalón de sudadera, botas verdes de amarrar, camiseta blanca y una pañoleta de flores. Era un campesino de 22 años, huérfano de padre (lo mató el ejército) cuando entró a la guerrilla. Recuerda que cuando lo mandaron a coger yuca, recién ingresado, sintió todo el cansancio del primer entrenamiento militar. Tiene una mancha de pólvora alrededor del ojo izquierdo y a medida que nos cuenta su historia, juega con los flecos de la vaina de su machete, tritura hojas secas que hay por el suelo. Cuando habla del hijo que tuvo con una compañera que ya no existe y que desde los cuatro meses creció con su abuela y sus tíos, se mece y mira hacia la montaña. Cuando podía lo visitaba, les ayudaba con algo.

En vez de matar dice quemar.

"Yo no me he sentado a pensar qué voy a hacer. Siempre me acostumbré a un sistema en donde uno va haciendo lo que va resultando (...)". No se siente bien preparado para esta nueva etapa y tiene miedo de convertirse en un obstáculo para la gente. Tiene 58 años. Aun lo llaman comandante, pero no por jerarquía sino por mérito, dice. Ya con la certificación de la dejación de armas (le dio nostalgia entregar el fusil) y el compromiso de no repetición,

está esperando la tarjeta del Banco Agrario. Suelta máximas de vez en cuando: un buen revolucionario va a donde lo necesiten... Esos son los imprescindibles...

Se conoce bien la zona, recuerda cuando en Carrizal había solo un par de ranchitos y ha visto como la tala y la minería han aumentado. Al igual que a los cultivadores de coca, a los mineros también les cobraban impuestos, hasta que: "(...) el señor Uribe le vendió todo esto a las trasnacionales. Entonces qué dijimos, bueno ya esto lo vendieron, ya qué nos ponemos nosotros a impedir, trabajen ustedes mientras llegan ellos porque nosotros no somos tampoco alambrado que va a atajar ganado (...)" . La entrevista se acaba porque tiene que ir a estudiar, está en escuela básica. Solo cursó hasta segundo de primaria.

\*\*\*\*

Dayana estaba en Remedios cuando inició el paro. No pudo regresar a Carrizal. Desde el 20 de julio y hasta el 31 de agosto, Mauren estuvo a la cabeza de la biblioteca, pero iban pocos niños y muchos adultos estaban en las cabeceras municipales. Cesaron las visitas a la ZVTN y a otras veredas. Dayana dice que fue difícil retomar la confianza que había logrado con la comunidad y alcanzar la misma asistencia a las actividades que organizaba. Cuando regresó, muchos excombatientes se habían ido. El gobernador de Antioquia, Luis Pérez, nunca visitó la zona. La Gran Colombia Gold perdía US\$ 2 millones por cada día de paro. Camilo contaba que salían a escondidas, de madrugada, de Remedios hasta Vegachí a comprar víveres, porque todo escaseaba. El viceministro de Minas, Carlos Andrés Cante, no se sentaba a negociar. El Esmad entró pateando ollas de sancocho y tirando gases lacrimógenos, vuelve Camilo. La versión oficial justifica la presencia del Escuadrón Móvil Antidisturbios por los infiltrados del ELN. Se hablaba de dos paros: el pacifista y el terrorista. Encapuchados amenazaban al alcalde Tobón. Unos 2.000 negocios permanecieron cerrados. Los indios subieron los precios. Hubo más de veinte detenidos, cuarenta heridos entre civiles y policías. Tres muertos. Se suspendieron más de 1.000 contratos mineros. Los niños no iban a la escuela.

Los mineros ancestrales y tradicionales, tras la entrega de títulos a la Gran Colombia, algunos a perpetuidad, han ido perdiendo terreno. Con contratos de tercerización y convenios de asociación que les arrojan poco margen de ganancia, eslabones de la cadena productiva tradicional tienden a

desaparecer, como las cacharrerías que vimos seleccionando piedras desechadas, a los costados de la mina. El auge de la explotación minera se expandió descontroladamente por el aumento, en un 78% desde 2001, del precio de la onza de oro que hoy no baja de los US\$ 1.200. Se habla de un 87% de explotación que se realiza de manera informal. Además, unas 200 toneladas de mercurio se botan a los ríos del país anualmente.

Este último paro duró 43 días. La Mesa Minera y el Gobierno Nacional firmaron un acuerdo de 14 puntos el 30 de agosto, en donde se comprometen a caracterizar la cadena productiva, reubicar plantas de beneficio y no usar mercurio, incluir cláusulas de solución de conflictos en los contratos, tener garantías internacionales, ofrecer mecanismos alternativos de trabajo y hacer una reforma al código de minas y al proyecto de Ley 169, entre otras.

\*\*\*\*\*

Los mineros y sus familias esperan que el acuerdo se cumpla, los excombatientes esperan lo mismo, porque ellos ya cumplieron, dice Cornelio, "todo depende también de la fuerza moral que muestre la población civil para que se implementen estos acuerdos". Tiene miedo. Le tiene fe al movimiento político pero sabe que muchos van a morir y menciona el Plan Pistola. Pero ese es el riesgo que hay que correr, concluye. Quiere visitar a su hijo que ya debe tener 27, 28 años.

Carlos, bachiller, tiene ganas de estudiar pero aun no lo ha decidido. Quiere estar con Dayana y, al mismo tiempo, seguir trabajando con la comunidad. "Uno se vuelve enfermo por esta joda". Cree en los Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial y la participación a través de las nuevas circunscripciones electorales. Si se va, regresará para construirse una casa.

Dayana tiene claro que en diciembre regresará a la ciudad y le gustaría que Carlos se devolviera con ella pero no puede ignorar su pasión y compromiso con la comunidad. A Mauren le preocupa quién cuidará a su hija mientras ella trabaje en la biblioteca. Tal vez en la mina Cano, administrada por su hermana, pueda ganar más de lo que gana ahora. Teme no ser capaz sola, aunque durante el paro se echó la biblioteca al hombro, como le dijo Dayana. La biblioteca entrará en los inventarios de Remedios y sus materiales serán actualizados por la administración local que tendrá que incluirla en su presupuesto, junto con el sueldo de la nueva bibliotecaria. Apoyará también su ampliación, que ya se hace necesaria.

Me pregunto cómo será una canción sobre Carrizal, si su historia podría contarse en unos pocos versos, si merece un punk, como el que escuchaba Carlos cuando vivía en Medellín, si le iría bien una bachata o si una ranchera, como las que le gustan todavía a Cornelio contaría su historia, o un corrido. Una balada, como las que ponía Camilo durante el camino.

Unos perros corretean a una mula, un campesino ríe mientras cuenta cómo casi atropella a una gallina con su moto. A los lejos se escucha, entre el vallenato, la voz de Arelys Henao, la reina del despecho.

‡